

INCIDENCIA DE LA CULTURA EN LA FE

Manuel Soler Palá, msscc*

I. EL HECHO RELIGIOSO ENTRE LA NATURALEZA Y LA CULTURA.

¿Tiene su origen en la cultura el hecho religioso?

Empecemos por el principio y remontémonos a la fuente de la palabra cultura. Viene del latín "colere" que significa cultivar. Una actividad bien concreta, la de preparar la tierra para que produzca sus frutos. Pero en sentido traslaticio el vocablo cultura designa una peculiar manera de situarse en el mundo circundante. Un estilo que trata de cambiar y configurar el mundo en todos sus aspectos y dimensiones. Para mejorarlo y hacerlo a la medida del hombre, por supuesto.¹

En palabras más llanas cabe desentrañar el significado del término cultura diciendo que consiste en la toma de contacto del hombre con la realidad circundante. Cuantos beneficios surgen de este contacto sirven para comprender y enfrentar mejor, a su vez, la misma realidad (el mundo) y así posibilitan al ser humano una mayor conciencia y libertad.

Ya se adivina que entonces casi todo entra en el ámbito de la cultura. Las ramificaciones e interconexiones de este concepto son amplísimas. De ahí la dificultad de centrar el tema.

* Doctor en Teología (Universidad Santo Tomás, Roma). Profesor de Teología dogmática (Seminario Santo Tomás de Aquino, Santo Domingo).

Advirtamos ya desde ahora, sin embargo, que nos ayudará a determinar el concepto de cultura el contraponer la actividad humana a la del animal. Este vive aprisionado en una capacidad de maniobra muy limitada y dada definitivamente. El ser humano, en cambio, gracias a la razón y a la imaginación, traspasa el horizonte en el que emerge y manipula profundamente las realidades de su entorno. Aunque, es verdad, al final también se encuentra limitado y prisionero del espacio, el tiempo, la finitud. Sin embargo su capacidad de maniobra y creatividad es sustancialmente diferente.

Lo típico de la cultura es la preferencia. Preferir en un determinado espacio y tiempo la casa de dos plantas a la de una planta, un vestido a otro, un ritmo y una determinada música en vez de otra distinta, un color a su contrario, etc. Es decir, la cultura opta por una valoración entre otras posibles. Con lo cual conforma un estilo de vida. A estas preferencias espirituales y materiales las llamamos el "ethos" cultural. Eso es la cultura: reconducir, explicitar un estilo y unas valoraciones implícitas a algo externo. Así sucede con la pintura, la comida, la literatura...

Cuando una ciudad o un sistema político o un cuerpo jurídico o unas estructuras económicas no expresan el ethos cultural profundo de la época, tales manifestaciones culturales entran en crisis. Porque la generación del momento las siente inauténticas y no se identifica con ellas.

Esquematisando cabe decir que la cultura tiene su origen en el ser mismo del hombre y su poder de autorrealizarse. Y comprende estos momentos:

*La actitud profunda que valora unas ideas y productos por encima de otros (ethos cultural).

*Los valores buscados con esa actividad (mayor ciencia, más belleza) que se mantienen en el hombre o en su obra.

*Los resultados o productos de esa actividad (cosecha abundante, computadora...)²

El concepto de cultura se irá precisando si decimos de ella que es cuanto los hombres hacen de sí mismos y de su mundo. Cultura es, pues, cuanto se contrapone a la naturaleza.

Las conexiones entre fe y cultura

Y aquí es preciso avanzar: ¿qué tiene que ver la religión con la cultura? El hecho religión ¿pertenece a la estructura natural del hombre o forma parte de unas realidades pasajeras, cambiables? Se trata de una pregunta de enormes consecuencias y que nos ubica en el núcleo de un gran interrogante antropológico.

No vamos a iniciar desde atrás nuestras pesquisas. Contentémonos con unas conclusiones comúnmente aceptadas. El ser humano se encuentra como dislocado entre dos centros. Por una parte posee ciertos poderes de la naturaleza (el hombre es un ser de la naturaleza) y por otra sus afanes apuntan a superar, a través de la razón y la imaginación, lo que le es dado: unos resultados a los que llamamos cultura. Somos naturaleza y somos dueños de la naturaleza gracias a la cultura.

Estamos en plena tensión. No nos identificamos con nuestra naturaleza meramente (la superamos) ni tampoco nuestro yo se realiza en la cultura al margen de la naturaleza. La tensión no se resuelve eliminando uno de los polos. Vana ilusión, creer que nos refugiaremos totalmente en la cultura. Pero retroceso y negación de las posibilidades humanas, pensar que nos es dado regresar a la naturaleza pura y convertir a ésta en algo absoluto. De hecho la tensión entre ambos polos nos ofrece la riqueza -también la miseria- de la condición humana. A caballo de ambos extremos es donde podemos realizarnos como seres humanos.

El hombre se ha despegado del cosmos-naturaleza porque es mayor que él, aunque en algunos aspectos le está sometido. El ser humano trasciende sus propias pulsiones, instintos y tendencias que generosamente le regala la naturaleza. Pero simultáneamente hay que decir que no es posible divinizar la cultura. El hombre es siempre mayor que lo que hace, que sus teorías, sus logros y sus resultados. Ni cultura ni naturaleza son susceptibles de divinización.

Ahora estamos en disposición de volver a la pregunta que ha provocado las elucubraciones de los últimos párrafos: ¿qué relación existe entre religión y cultura? El hecho religioso ¿pertenece a la estructura del ser humano o es algo accidental, mudable?

La religión no constituye un efecto necesario de la naturaleza ni de la cultura. Porque el hombre es una realidad escindida entre la naturaleza (un ser hecho) y la cultura (un ser haciéndose). Jamás se identifica con la estructura de su naturaleza ni equivale a sus creaciones culturales. No le sacia lo que hace ni le llena el chorro de naturaleza que penetra su vida. En la escisión entre naturaleza-cultura se inscribe el hecho religioso.³

La naturaleza del hombre no crea el hecho religioso. Es verdad que la persona posee un anhelo de infinito que nace de su propia estructura. Pero no lo es menos que el anhelo de trascendencia no consigue llegar hasta Dios. Sólo pone el marco en el cual Dios se expresa. La naturaleza humana crea unas expectativas que no pueden ser confirmadas.

Tampoco la cultura crea un hecho religioso, aunque sí le otorga determinadas connotaciones y características. Pero no lo crea porque de lo contrario habría que sostener que la religión es un elemento a merced del saber o del ordenamiento social. Con lo cual se diría prácticamente que está sometido al arbitrio de la creatividad humana. En este momento damos por supuesto que no es así.

Es preciso reconocer que todo hecho religioso se da en unos cauces culturales, pero también se hace necesario respetar cuanto contiene de específico: el encuentro del hombre con el misterio que le fundamenta.

Dios se encuentra más allá del deseo (naturaleza) y de la creación humana (cultura). Surge por encima de nuestra impotencia. Supera los anhelos nacidos de la naturaleza humana y otorga un deseo mayor y más preciso. No es creyente quien echa de menos a Dios, sino el que un día le echó de menos, pero ahora lo echa de más. En el sentido que le desborda y le exige algo que a él no se le habría ocurrido. Le exige, por ejemplo, solidaridad, compromiso, vocación de mártir, etc.

Desde esta óptica cae por los suelos la tesis de Freud de que la religión (cristianismo) me saca de mis deseos y me instala en un terreno difícil y retador. Pero no perdamos el hilo. La conclusión es que a Dios no le contiene ningún deseo (naturaleza). Cuando más, el deseo de trascendencia apunta tímidamente hacia Él. Ni tampoco ninguna creación científica o social (cultura) será capaz de introducirle en sus esquemas.

II. LA CULTURA DE HOY ¿FAVORECE O DIFICULTA LA FE?

Hemos constatado que casi todas las realidades humanas entran en el campo de la cultura. Y ésta constituye una realidad versátil, cambiante, de acuerdo a la sensibilidad del momento. Nos preguntamos -interrogante central del artículo- si los rasgos de la cultura actual favorecen o dificultan la fe.

Las raíces del actual secularismo.

En el mundo occidental, desde hace 150 años, la fe padece un cerco de sospechas. Desde que Feuerbach hablara de ella como de una inmensa proyección, otros filósofos, literatos y científicos se han sumado a la opinión. Hasta el punto que un buen sector de la población cultivada ha propagado la cosa como si de un supuesto incontestable se tratara.

Los llamados "maestros de la sospecha" (Feuerbach, Marx, Freud, Nietzsche) niegan la fe básicamente por tres motivos que simplemente enumeramos: a) porque se trata de una pseudociencia, un lenguaje de

fantasía, b) porque la fe es una ideología sin eficacia alguna y c) porque se trata de una ilusión sin porvenir. La repetición de estas ideas por activa y pasiva, combinadas con otros elementos semejantes, han hecho mella en la fe.

Pero, por supuesto, la actual situación histórica de la cultura se nutre de otros factores que visten con un ropaje de mayor credibilidad las sospechas contra la fe. Todo lo cual modifica, a la vez, la concepción de Dios en el hombre actual, así como su relación con El. El maquinismo, la ciencia, la ideología y el urbanismo son los factores que más inciden en nuestra actual cultura.

1. **EL MAQUINISMO.** Consiste en otorgar cada vez mayor espacio al instrumento técnico y sustraer, por tanto, amplios sectores al esfuerzo físico del hombre. La máquina va penetrando todos los rincones de la vida, públicos o privados. El hombre se ata a la máquina y produce sin parar. Lo cual engendra unos criterios de pensamiento y juicio mucho más técnicos que humanos. La persona se convierte en "homo faber", insertado en una eficaz cadena de producción.

El maquinismo ahorra mucho esfuerzo y sufrimiento. Pero desborda al obrero, al cual escapa el sentido, el proceso y la finalidad de su producción. Su participación es mínima, se ve obligado a delegar su pensamiento en otros cerebros que planifican el entero proceso de producción.

2. **CIENCIA.** El maquinismo lleva de la mano a la actitud cientista, a identificar lo verdadero con lo verificable. Lo que no es verificable resulta sospechoso de irrealidad o de inutilidad. Dios, el amor, el sentimiento, por tanto, no encuentran apenas espacio. La mentalidad actual se inclina decididamente por los aspectos técnico-positivos más que por los humanistas.

3. **IDEOLOGIA.** A partir de los factores citados se abona el terreno para que el hombre se considere el centro de nuestro mundo. Unos querrán desenmascarar las relaciones sociales opresoras que subyacen entre quienes detentan los medios de producción y quienes actúan como obreros. Otros querrán aprovechar los bienes producidos al por mayor para consumir ilimitadamente. En ambos casos, aunque en contextos distintos -de tinte marxista o capitalista-, el protagonista resulta ser el hombre al margen de cuanto le trasciende.

4. **URBANISMO.** Los fenómenos mencionados conducen a concentrar grandes masas en un mismo lugar geográfico. Grandes núcleos de población se aglutinan en torno a las empresas de producción o de servicios. Así acontece el distanciamiento del hombre de la naturaleza, así se desconecta al hombre de los fenómenos primordiales de la vida

humana (muerte, familia, etc.) y así se modifican sus relaciones de amistad y comunicación. Por supuesto, también se alteran las relaciones con Dios. La ciudad no es intrínsecamente mala, pero origina circunstancias ambiguas. Cfr. Puebla 429-433.

Las consecuencias del secularismo

Una tal concatenación de factores han cambiado el contexto humano. El mundo se va vaciando de misterio y deja de ser causa de asombro. La naturaleza aparece ahí para que el hombre le dé forma y sentido. En la medida en que la persona se hace consciente de su inteligencia y señorío descubre su poderío y su libertad. Cambia su concepto sobre la persona humana. Y gracias a la mayor producción, espera crear una mayor igualdad, aunque eso no se consiga automáticamente, al margen de unas orientaciones éticas.

Lo cual tiene sus pros y sus contras. Que el hombre sea más humano, que domine la tierra, es sin duda positivo, obedece a un mandato bíblico. Pero que las cosas dejen de asombrar, de ser símbolos que sugieren su secreto y nos remiten a Dios o al hermano, no es favorable. Que el hombre mismo quede convertido en objeto -porque es desbordado por la técnica y los programas de venta- resulta negativo por cuanto le lleva a sentirse perdido entre las otras realidades mundanas. Que él hombre se contente con acumular, analizar y consumir las cosas, sin preguntarse por su finalidad, su significado y su sentido ético tampoco es elogiado. Porque en tal caso no alcanza responder las cuestiones fundamentales de la vida: ¿por qué vivir?, ¿ante quién vivir?, ¿a quién se ofrece el esfuerzo diario y a quién beneficia?

El hecho es que el entorno cultural y social que vivimos hoy, a causa de los mencionados fenómenos, tiene muy poco que ver con el que encuadraba y hacía creíbles los dogmas y los símbolos de la fe que nos hablaban de Dios y permitían hablarle a El.

Tal parece que nuestros tiempos se definen por la resignada aceptación de que los símbolos de la fe van evaporándose. Se evapora el sentido global de la vida, se desvanecen los fundamentos y valores que hasta hace poco se consideraban de primera importancia. En el mundo secularista de hoy -digámoslo así- nada se escribe en mayúscula. No se hacen preguntas mayores sobre la vida, la muerte, el amor. Más bien se evitan como si de mala educación se tratara. En todo caso cada uno escribe sus propias mayúsculas cuando y donde le parece bien. Se dirá que ello depende de la sensibilidad personal. Que cada uno coloque lo mejor que sepa sus propios sentidos, pero no pretenda que otros lleguen a la misma conclusión.

En este contexto no se escuchan las voces reguladoras de la ortodoxia. Puede el Papa vocear -pongamos por caso- contra el aborto y la contracepción. Muy pocos se sienten comprometidos por sus palabras. En la misma línea, los compromisos no suelen ser de por vida, sino temporales. Se prefiere hoy polarizarse por tales causas y mañana por otras, según los vientos y la sensibilidad del momento. Hasta en las relaciones de pareja sucede algo así. Todo puede ser el centro de mi vida en un momento dado y, por tanto, dejar de serlo aquello que lo era hasta entonces.

La añoranza de los valores ausentes

Se ha llamado a estas actitudes procedentes del secularismo -a su vez nacido de la técnica y el urbanismo- falta de utopía, neoindividualismo. Se difuminan entonces los valores ético-políticos, aparece el gran vacío.

Frente a la cultura "faústica" que opta por la acción frente a la contemplación, que prefiere el esfuerzo personal a la acogida del prójimo, que escoge la razón al corazón, empezamos a sentirnos perdidos y hasta avergonzados de preguntar quiénes somos y adónde vamos. Nos sentimos vacíos por dentro. Por eso hay que vigilar las reacciones que empiezan a darse aquí y allá. Vigilarlas pacientemente porque apenas si las conversaciones públicas y los medios de comunicación, siempre en función de intereses bien determinados, las dejan asomar a sus ventanas.

Nos encontramos hoy día con una añoranza, más o menos implícita, de anarquismo y romanticismo. Se quiere volver a las realidades primordiales: el diálogo pausado, la soberanía de la persona, el contacto con la naturaleza, incluso la apertura a un más allá que nos libere de la máquina y de los programas computarizados. Se quiere la libertad de vivir y no que la publicidad, la moda, las presiones sociales le marquen a uno la pauta de su vivir.

Desde estas añoranzas hay quien rechaza pasivamente la sociedad, se distancia de las realidades públicas y se concentra en sus ideales. Pero también hay quien se resiste a esta emigración hacia el interior y no está de acuerdo en desolidarizarse de sus hermanos. Ellos pretenden no cambiar algunas fórmulas o proyectos, sino minar las grandes líneas de la actual sociedad desarrollada que subyacen a todos los proyectos tecnológicos y a todas las programaciones políticas. Se afanan por devolver al hombre su conciencia de ser personal libre, dotado de imaginación, soberano y no sometido a la máquina. Desean

que el hombre sea hermano de su prójimo, capaz de entregarse a él, tenso hacia el Absoluto, apasionado por el futuro.

*Un hombre más creador que conservador, más dador que re-
nedor, más solidario que individualista. Esta es la meta de muchos
grupos, este es el potencial que seguramente aflorará a la superficie
de la sociedad en cuanto unos pocos líderes-poetas sepan darle las
formulaciones adecuadas.*⁴

En el Tercer Mundo: un secularismo matizado

Hasta aquí hemos tratado de la cultura actual en cuanto afecta seriamente la fe. Pero hay que distinguir, llegados a este punto, entre cultura del Primer Mundo y del Tercer Mundo. Evidentemente, mantienen rasgos diferenciados. Sin duda alguna los fenómenos mencionados inciden en el Tercer Mundo, sobre todo entre los sectores ricos del Tercer Mundo, los cuales se encuentran más cerca de los países desarrollados que de los barrios marginados enclavados en su mismo espacio geográfico. Aun así, se dan diferencias bien notables. De ahí que no se pueda hablar de la cultura actual con mirada provinciana y atribuyendo a ella -en exclusiva- los caracteres de los países desarrollados. Muchos autores suelen referirse a la cultura en términos de consumismo, secularismo, vacío existencial, post-cristianismo, etc.

Elo equivale a tomar la parte por el todo y confundir "mi mundo" con el mundo. En nuestra sociedad occidental, tan intercomunicada, indudablemente el secularismo y el post-cristianismo repercuten en la geografía del Tercer Mundo. Pero no con la misma fuerza que en los países subdesarrollados, con otros matices. Es otro el contexto vital. Y lo es particularmente en América Latina (en otros países del Tercer Mundo pueden influir además las religiones asiáticas y otras) a causa de la pobreza que viven amplísimos sectores de la sociedad.

La pobreza estabilizada y no extrema suele ofrecer determinados valores, como la acogida, la sencillez, la solidaridad, la comunicación, que son precisamente los valores que se van evaporando en los países desarrollados. Pero cuando la pobreza llega a límites inhumanos y dificulta seriamente la subsistencia, o cuando se cierne súbitamente sobre grandes sectores, suele acarrear consecuencias más negativas en términos de valores humanos. Sobre todo si no se le ve salida por ninguna parte ni a nivel personal ni colectivo. Especialmente cuando los ejemplos de los gobernantes destilan corrupción y se constata que los recursos del país se desvían hacia obras suntuosas o a pagar deudas externas de las que los pobres no sacaron ningún beneficio.

Tal es el caso de República Dominicana en los últimos años. Cuando la pobreza se agrava de repente y no aparece ningún claro en el horizonte a causa de la mínima sensibilidad social de los gobernantes; cuando se desconfía seriamente de un cambio político en lontananza porque ya se han agotado las alternativas y la gente dice, además, que todos son igualitos; cuando los servicios básicos (luz, agua, recogida de basuras,...) se derrumban estrepitosamente y el ciudadano tiene que pasar por mil penurias diarias...entonces hace su presencia la frustración, con todos sus rictus de amargura y tristeza.

Apenas se producen manifestaciones ni protestas organizadas. De todos modos no sirven para nada, se dice o se piensa. Las cosas no tienen arreglo. En esta fase muchos sienten viva la tentación de la huida. Legal o ilegalmente desean marchar a "los países" e inician sus gestiones. Quizás nunca lo consigan, pero la mentalidad ahí está y ya nada les interesa, ningún proyecto consigue entusiasmarles. "Esto no va conmigo, yo me mudo".

Si a esto añade la especulación con sus mil caras -y con cierta justificación teórica: mañana todo será más caro- y se constata que todo el que puede recurre al fraude para conseguirse su botín, está claro que los valores se desmoronan a marchas forzadas.

En tal contexto no hay más que una salida: sobrevivir. ¿Cómo pensar en valores o en trascendencia alguna "Primum vivere, deinde philosophare". ¿La fe? puede esperar, es menos urgente que la ración diaria de arroz. La evangelización posible será una pre-evangelización que se pronuncie contra las causas de la injusticia y que arrime el hombro para diluir un poco la tragedia que amenaza a tantos seres humanos.

La dificultad de la fe en una cultura sin horizontes

Cuanto llevamos dicho no se aparta del tema que nos interesa: fe y cultura. Porque la fe se dificulta en circunstancias adversas. La dificultad de la fe procede hoy día, en muchas ocasiones, de las circunstancias previas a la fe, es decir, de la cultura. La fe es una flor que necesita de un humus preciso. Lo ha expresado certeramente González Cardedal:

Cuando una cultura no cultiva los valores de la interioridad, del silencio, de la apertura a la trascendencia, del distanciamiento respecto de las cosas, del sosiego y de la paz, de la renuncia y la libertad personal frente a todo lo que nos acosa y se nos impone, nos solicita y nos seduce: una cultura así hace imposible la audición del evangelio como palabra de vida y como buena nueva de salvación.⁵

Sin duda alguna en nuestra cultura actual se encuentran enormes potencialidades beneficiosas para el ser humano (Cfr. GS 57). De ningún modo se pretende negar esta realidad. Pero también mantiene aspectos o consecuencias colaterales ("su sobrecarga de apego a la tierra": GS 19) que la limitan y hasta le imposibilitan convertirse en tierra adecuada para la fe.

Si la cultura curva al hombre sobre sí mismo y le impide mirar a la trascendencia: si le mutila su anhelo de infinito: si le llena de afanes por poseer y medrar sin medida: si le roba la solidaridad con el prójimo... esta cultura le obstaculiza prácticamente vivir como cristiano (Cfr. Puebla 434-3436).

La cultura resulta ser apoyo y obstáculo para la fe. Teológicamente esta afirmación puede parecer excesiva, por cuanto Dios está por encima y más allá de toda circunstancia. Pero el hecho es que la historia condiciona la fe. No es serio decir que unas generaciones o los hombres que viven en un determinado espacio geográfico -independientemente de todo condicionamiento- son más o menos religiosos que otras generaciones o que los hombres que habitan otros espacios. La mayor o menor religiosidad en el plano colectivo hay que buscarla en razones objetivas. Las razones subjetivas mal pueden explicar fenómenos colectivos.

De ahí que la afirmación debe permanecer intacta: la cultura favorece o dificulta la fe. Aunque por ello mismo es preciso andar con mucha cautela a hora de hablar en términos de culpabilidad individual. Por lo demás, no se niega que el hombre es mayor que su cultura y, por ello, en la profundidad de su ser, pueda mantenerse abierto a la trascendencia. Cualquier acontecimiento o circunstancia es susceptible de hacerle consciente del asunto. La gracia es comparable a un cauce que, en ocasiones, encuentra obstáculos a su curso, pero es de esperar que dé, en uno u otro momento, con el hueco que le permita seguirlo.

Si las cosas son así, se impone una acción de preevangelización. Es necesario conectar al hombre con Dios para que pueda escuchar la Buena Noticia y, una vez escuchada, le interese. Es decir, al hombre secular y post-cristiano que tiene la impresión de haber llegado a la época del "crepúsculo de los dioses" hay que decirle que, en la ausencia de Dios, es justamente donde asoma el misterio de su presencia. La experiencia de los totalitarismos, las atrocidades de la guerra, la ambigüedad de la técnica ha demostrado que el proceso de emancipación y secularismo fácilmente conduce al sometimiento de nuevos ídolos, de más crueles alienaciones.

A este hombre hay que decirle que la racionalidad y el consumismo tienen sus límites. Hay que hablarle de "la nostalgia del totalmente Otro" (M. Horkheimer), redescubrir la presencia de un Dios que no hace competencia al hombre, que está a su lado en el surgimiento, clavado en la cruz del mundo. Que se deja matar por causa de justicia. Hay que hacer ver al hombre secular que debe vivir "como si Dios no existiera", pero sabiendo que está ahí y que sin El no se sostienen los valores y el mundo se torna gris, triste, sin corazón.

Los cristianos deben cantar el canto del Señor en tierra extraña (Cfr. Ps. 137,1), denunciar los límites de toda experiencia y esperanza puramente intramundanas. Mientras los mensajeros de la nada, el sinsentido y el abotargamiento se deslizan por el mundo llamado post-cristianismo, el creyente cree que su aporte a esta sociedad consiste en seguir anunciando a Jesús el Cristo y todo lo que El significa.⁶

Al hombre del Tercer Mundo que quiere vivir cristianamente hay que hacerle tomar conciencia de que la miseria es una situación de pecado. Originada por el egoísmo de los poderosos de fuera y de dentro. Jesús de Nazaret proclamó haber sido enviado "a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos, a libertar a los oprimidos y a promulgar un año de gracia del Señor" (Lc. 4, 18). El murió identificado como un peligroso subversor del orden constituido. El resucitó para manifestar que Dios no estaba de acuerdo con sus verdugos. El resucitado desautoriza la reducción de la historia a orden público y a la opresión de unos contra otros. Murió por protestar contra estas cosas y no por resignarse a ellas, como en ocasiones se insinúa. La resignación habría eliminado su protesta y su muerte habría carecido de sentido.

Ante lo cual el cristiano denuncia todo poder político o económico que pretenda ser absoluto, desautoriza todo ídolo y toda resignación precipitada. Y anuncia un Reino en el que al ser humano le respeten sus derechos de vivir, alimentarse y tener voz. Una sociedad en que el hombre sea el fin y no peldaño para los potentados. Lo cual sólo se hace posible donde hay sensibilidad para una esperanza más grande.⁷

III. RESPONSABILIDAD DEL CREYENTE ANTE LA CULTURA

Unas últimas reflexiones en torno a la íntima conexión entre fe-cultura en orden a concientizarnos del papel que debe desempeñar el creyente en el momento actual.

Cuanto el hombre hace y expresa con vistas a manifestar sus impulsos, su ser y su afán de vivir, se considera cultura. Fe y cultura tienen, pues, un cercano parentesco: ambas responden al amor por la vida y al desarrollo de su vivir. La sensación de plenitud que embarga al poeta y

al músico, al acabar una obra maestra, no anda lejos del hombre religioso que se experimenta plenificado por Dios. Aunque los niveles sean distintos.

Pero es que, además, el hombre religioso se imagina a Dios, el cielo, y todo el mundo del más allá a partir de sus experiencias humanas (culturales). He aquí, pues, otro punto de conexión entre fe y cultura. La cultura impone un serio tributo a la fe por cuanto ésta requiere de su instrumental: ritos, lenguaje, gobierno, etc. Basta con echar un vistazo a la historia de la Iglesia para convencerse de ello.

Ni cerrarse a la cultura ni sacralizarla

Existe el peligro de que la cultura domine y manipule al cristianismo abusivamente. Pensemos en las resistencias a abandonar el latín o el canto gregoriano en épocas pasadas. Hay que proclamar muy alto que la fe, a pesar de todo, en su última raíz, no depende de las concepciones culturales. Más bien responde -desde las circunstancias culturales- a una interpelación del Absoluto que supera y desborda cualquiera otra instancia. De ahí se deducen dos actitudes que el creyente debe asumir:

1. La iglesia haría mal en cerrarse en las experiencias de su pasado y defenderse de las nuevas ideas y circunstancias. No todo cuanto hace y dice -ni el modo que usa para ello- tiene el mismo carácter sagrado y definitivo. En tal caso se pondría al nivel de una ideología más que tiene sus intereses que defender en el mercado de las ideologías. Resultaría totalmente abusivo recurrir a la autoridad religiosa para mantener y sacralizar lo que es mera realidad cultural e histórica. En este aspecto la cultura cambiante obliga a discernir la identidad más profunda de la fe y a que ésta busque nuevas expresiones y respuestas más actualizadas.

2. Pero, en el otro extremo, la fe no debe dejarse someter por la cultura ni adaptarse servilmente a ella. Algunos sectores admitirían de buen grado un cristianismo para uso privado, que se limitara a sus confesiones escatológicas y se entretuviera con unos ritos sacramentales desprovistos de toda incidencia fuera del templo. De ninguna manera. La fe se traicionaría a sí misma si se redujera a estos extremos. La economía y la política no son intocables, cual vacas sagradas de nuestra época. Mantienen claras relaciones con la ética y con la visión global del hombre. El creyente deberá oponerse ante todo intento de recortar la libertad de pensamiento y las justas reivindicaciones. Se opondrá a considerar el hedonismo como la última palabra dicha al hombre, protestará de la mala distribución de los recursos. Y cuando cualquier hecho

cultural pretenda dominar y controlar la existencia entera del hombre, responderá que no. El cristiano activará la conciencia de trascendencia de todo hombre y le ofrecerá un sentido, unos valores de gratuidad e igualdad, sin resignarse a que todo se compra y se vende.⁸

La inculturación, el desafío actual y futuro

En el terreno de la cultura la Iglesia se está jugando su incidencia en el futuro. Afortunadamente los creyentes más avisados lo perciben así. De ahí que se insista en evangelizar la cultura. Se ha hablado, a un nivel teórico, de adaptación a la cultura, de acomodación, contextualización, indigenización, aculturación, inculturación. Este último término ha sido el más afortunado. Y en una vertiente más práctica el vocabulario ha versado sobre encarnación e inserción, términos de gran resonancia y fecundidad a nivel más espiritual.

No podía ser de otro modo. Si realmente la cultura condiciona seriamente la fe, si la cultura es la parcela, el humus, donde ella crece, hay que tenerla muy en cuenta. Es la primera realidad a evangelizar.

Y el Magisterio se ha referido muy frecuentemente a la evangelización de la cultura. El Vaticano II en la GS dedica todo un capítulo al hecho de la cultura (nn. 53-62). Sin citar los numerosos documentos regionales que trataron el tema, hagamos mención del Sínodo de 1974 que se refirió al mismo con gran perspicacia. Al Sínodo siguió la Exhortación Apostólica "Evangelii Nuntiandi" de Pablo VI (1975). Un documento de gran profundidad y lucidez.

A partir de este documento surgió un gran interés por la inquietud misional desde la vertiente de la inculturación de la fe. Todo lo cual cristalizaría en buena parte el Sínodo Mundial sobre la catequesis de 1977 y la consiguiente Exhortación Apostólica "Catechesi Tradendae" (1979). Por su importancia e incidencia merece citar la carta del P. Arrupe, General de la Compañía de Jesús, sobre la temática de la inculturación en 1978. La III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (México 1979) volvió sobre el asunto como un reto al que debía dársele respuesta decidida y urgente. Una sección íntegra versa sobre el tema (nn. 385-443).

Todos estos acontecimientos demuestran a las claras la sensibilidad por la cultura. Y cómo la evangelización de la misma supone una condición indispensable en el proceso global de la evangelización.

NOTAS

1. Cfr. Scherer, Robert, "Cultura" c. 97, en *Sacramentum Mundi*, II. Barcelona: Ed. Herder, 1976.
2. Cfr. Autores varios, *Comentario a la Evangelii Nuntiandi* pp. 264-65. Buenos Aires: Ed. Patria Grande, 1978.
3. Cfr. Pikaza Xabier. *Experiencia religiosa y cristianismo*, pp. 167-172. Salamanca: Ed. Sígueme, 1981.
4. Cfr. González del Cardedal, Olegario, *Cambio, cambios históricos e identidad cristiana*, pp. 32 ss. Salamanca: Ed. Sígueme, 1979.
5. *Ibid.* p. 37.
6. Forte, Bruno, *Jesús de Nazaret, historia de Dios, Dios de la historia*. Madrid: Ed. Paulinas, 1973.
7. Cfr. *Ibid.*, pp. 21-23.
8. Sebastián Aguilar, Fernando. *Antropología y teología de la fe cristiana*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1973.